

Don Augusto y doña Martina

JORGE EDWARDS 1931-

1866-1949

Hago un remanso en el camino. Me atrincheró en mi escritorio y miro con escepticismo, con irritación, la atmósfera polvorienta, malsana, las calles grises, unos ancianos peatones que corren para cederle el paso a unos insolentes vehículos, una triple hilera de buses humeantes, trepidantes, semivacios. El espectáculo es una suma y una síntesis de irracionalidades. En primer plano, la sumisión ciega al automóvil. Dos ancianos a pie valen mucho menos que un joven imberbe con su zapatón colocado en un acelerador. Nuestras autoridades autoritarias obligan a pasar por complicados exámenes para obtener una licencia, pero no han sido capaces de enseñar a la población a manejar en forma medianamente civilizada. Y sería tan fácil: multas a los que no respetan la preferencia de los caminantes, a los fanáticos de la bocina, a los acelerados irresponsables. En lo que se refiere a las bocinas, se puede permitir una excepción cada vez que una chilena sale elegida de Miss Universo. Y punto, como se dice en algunas de nuestras pintorescas conferencias de prensa.

La carrera de los buses vacíos es una consecuencia directa del ideologismo económico. Libertad de empresa, libertad de buses, ferrocarriles en proceso de liquidación, universidades deshumanizadas. Concede que una misma realidad se pueda leer de muy diferentes maneras. Aumentan las exportaciones de frutas, se aprovechan los buenos precios mundiales de la madera, felizmente, y se expulsa a miles de profesores, en un país donde antes gobernar era

educar. Al hacer un balance de lo realizado, yo no estaría tan excesivamente orgulloso. Sugiero reemplazar el orgullo —que limita con la soberbia en un extremo y con la ingenuidad en el otro— por la cautela reflexiva, actitud de tradición clásica y noble.

Aprovecho el remanso para leer un interesante retrato de don Augusto Orrego Luco por Alfonso Calderón. Aparece en uno de los *Cuadernos del Centenario de la Academia de la Lengua*, institución en la que participo como una especie de alumno libre, con buena voluntad, pero con bajo nivel de asistencia a sesiones. ¿Sabe alguien hoy día quién fue don Augusto Orrego Luco? Uno sólo quisiera que el texto de Calderón, excelente retrato de un retratador eximio, fuera menos breve. Nos hacen falta biografías, autobiografías, reflexiones sobre el pasado. Para que nuestra atmósfera presente sea un poco menos desértica, menos venenosa y menos orgullosa.

Augusto Orrego Luco, nacido en la mitad del siglo XIX, fue un precursor de los estudios modernos de siquiatria, mantuvo correspondencia con Charcot, escribió crónicas ágiles y lúcidas sobre la llamada "cuestión social", expresión acuñada por él mismo y puesta como título de uno de sus libros. Dejó memorias amenas, *Recuerdos de la Escuela*, *Notas de viaje*, y fue, según un testigo presencial, el "último gran conversador". Criticó el librecambismo y la desprotección de las industrias nacionales. Fue enemigo de equilibrar el presupuesto del Estado a costa de los servicios "que más directamente se refieren al desarrollo

de la civilización en un país: a los caminos de hierro, las obras de higiene pública, a la cultura intelectual".

Como se ve, los países sin memoria histórica están condenados. Eramos una nación de historiadores y estamos en vías de transformarnos en un territorio de amnésicos. Nuestros grandes constituyentes impedían por todos los medios la perpetuación en el poder. Nuestros aficionados actuales creen que basta con reemplazar la palabra perpetuación, la palabra prolongación, por el eufemismo "proyección". Acompañado, claro está, de salvas de artillería...

Antes de terminar, que pongan atención las feministas. Augusto Orrego Luco fue casado con una señora célebre en su tiempo y que también merece una biografía, doña Martina Barros de Orrego. Escribe doña Martina que un amigo político le preguntaba a don Augusto: "¿Y qué irá a decir la historia de esta actuación nuestra?". Don Augusto, que no era un voluntarista ni un iluso, contestaba: "Nada, la historia no va a decir nada de nosotros, ya será mucho si nuestros nietos saben de nuestra existencia".

Doña Martina había provocado un escándalo en la sociedad de Santiago, allá por la década de 1870, porque había traducido al castellano y publicado un libro libertario de John Stuart Mill, *The Subjection of Women*. Adquirió de inmediato fama de mujer petulante, sabihonda, un tanto subversiva. Era, sin embargo, a juzgar por los datos que tenemos ahora, una prosista de calidad y una persona razonable.